

SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 16

B A R C E L O N A

Rosa de California



Adaptación literaria del grandioso y
dramático film del mismo título; una
creación de los insuperables actores

MARY ASTOR y LUIS ALONSO

Ver: n novelesca de E, MOLDES

.....
Exclusivas VERDAQUER

Consejo de Ciento, 290 Barcelona
.....

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

I

Era en 1846.

California, provincia de Méjico entonces, se adormecía arrullada por la canción del mar Pacífico ; sobre su suelo, blanco de luz, proyectaba una sombra nostálgica el recuerdo de la España legendaria y caballeresca.

Antes de seguir adelante, expliquemos brevemente la historia de esta tierra privilegiada, para la mejor comprensión del relato que va a continuación.

La costa Norte de California fué reconocida en 1578 por Sir Francis Drake; pero mucho antes de esta época, los españoles allí residentes, habían ya fundado algunas posesiones en el interior y establecido factorías de comercio en los principales puertos.

El territorio de California sólo representaba una pequeña parte de las colonias fundadas por Hernán Cortés y sus compañeros, ba-

jo cuya dominación estuvo bastante descuidada.

Después de la revolución mejicana se formó una provincia de esta república, y en 1836, se sublevaron los habitantes, arrojaron a los mejicanos y se declararon independientes.

En 1846 — época de nuestro relato — los Estados Unidos ocuparon militarmente este país, el cual, durante su lucha con Méjico, había sido teatro de sangrientos combates.

Por aquel tiempo, California — o mejor dicho, la Nueva California — era un país próspero y rico. El comercio, que era extraordinario, se hallaba casi concentrado en la ciudad de San Francisco.

El número de buques de alto bordo que, procedentes de Europa, Asia, Australia y costas americanas del Atlántico, entraban en aquel puerto, era considerable, e inmenso el de los fletados en los Estados de la Unión, Inglaterra y Francia.

Cuarenta y un "paquebots" de las más grandes dimensiones entraban o salían semanalmente de San Francisco para Nueva York o Nueva Orleans, cargados de viajeros. La historia de la marina no da ejemplo de un movimiento semejante.

Las comunicaciones marítimas con el interior eran también de una prodigiosa actividad.

San Francisco, en aquel entonces, parecía

predestinado a ser lo que luego ha sido: la Alejandría de los tiempos moderno, el depósito central de todo el comercio del Asia.

Al Sur de California, donde, a todo lo largo de la costa se extendía la red de misiones y conventos — vestigidos de la dominación española — sonreía un paisaje de dulzura y de paz.

Bajo el cielo añil, las palmeras movían sus ramas con un blando murmullo, perfumaba el ambiente el intenso aroma de los azahares y, a lo lejos, la sinfonía del mar ponía quizá un comentario irónico a aquellas bellezas de la tierra.

Todo un mundo animal se agitaba entre las ramas de los árboles, viniendo de la selva vecina, que en la lejanía pintaba un borrón tenebroso, o de los pantanos que aquí y allá salpicaban el paisaje, dando con su humedad fertilidad al terreno. Había cotorras, papagayos, tucanes, monos... Un mundillo estrepitoso que llenaba el aire de chillidos estridentes desde que salía el sol hasta que se ponía.

Y era a esa hora — a la hora maga de la puesta del sol — cuando todo aquel mundo bullicioso, después de despedirse del astro candente con sus gritos más penetrantes, ca-

llaba bruscamente, como si sobre él hubiese caído la muerte.

Entonces, el paisaje entero daba la impresión de sumergirse en un gran baño de silencio, y se hacía más intenso el perfume de los naranjos en flor.

En esa hora que parecía embrujada por un sortilegio de belleza, se recortaba severo en las medias tintas del paisaje el convento de Religiosas de la Cruz, de sencilla arquitectura colonial.

Entre aquellos muros oraban las buenas religiosas y soñaban las pensionadas — señoritas pertenecientes a la mejor sociedad californiana — que allí se educan en el temor de Dios.

Jugaban las educandas en el gran jardín, y dos de ellas, alejadas de las demás, hablaban en voz baja, señalando a veces a otra educanda que, también alejada del grupo general miraba sin ver los juegos de sus compañeras.

—Es extraño — decía una a la otra —. ¿Por qué Rosita está siempre triste y sin mezclarse con las demás?

—Tú, como eres nueva, no lo sabes aún; pero siempre la verás así... en el recreo, en la oración, en el estudio... ¡siempre!

—Cualquiera diría que tiene una pena interior.

—¿Quién sabe!

—¿Lo sabes tú?

—Sé lo que saben mis compañeras.

—A ver, cuenta....

—Poco es lo que puedo contar... Rosita está en este convento desde niña, y nunca, ni una sola vez, ha recibido la visita de sus padres.

—¿Y quiénes son sus padres?

—No lo sé... no lo sabe ella misma... Lo único que sabemos es que su madre murió antes de entrar ella aquí, pero de su padre ni una palabra.

—¿Pero ello no le ve en las vacaciones?

—Las vacaciones no existen para ella... Siempre se las pasa en el convento, mientras nosotros volvemos a nuestras casas. De tarde en tarde viene un criado viejo a saber si necesita algo, y seguramente a pagar la pensión. Eso es todo lo que ella y nosotros sabemos de su vida.

—Entonces, razón tiene para estar triste.

—Pero es que su tristeza tiene un consuelo muy dulce... ¡ya quisiera yo estar en su puesto!

—¿Qué quieres decir?

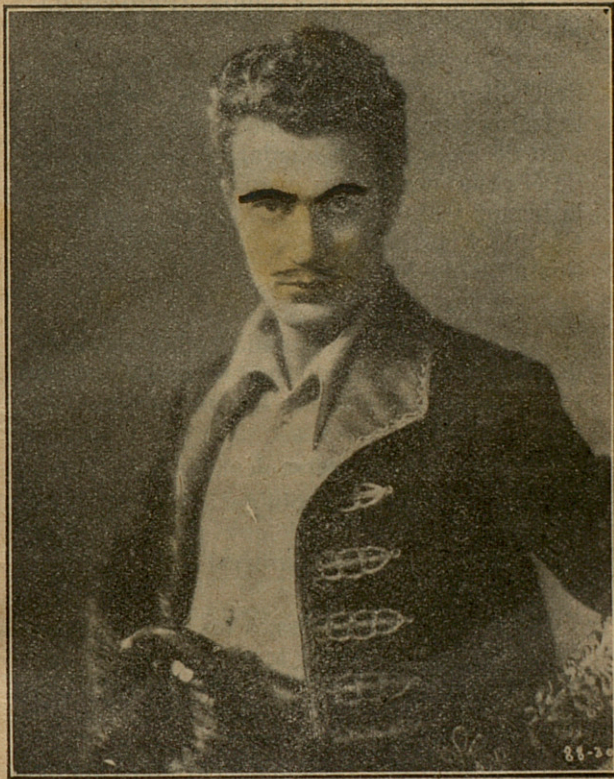
—Es un secreto que te diré si me prometes reserva absoluta.

—Prometido.

—Rosita tiene un galán...

—¿De veras?

—Como te lo digo... ¡pero, por Dios, que no vayan a enterarse las hermanas!



Era Alvaro del Castillo un elegante caballero,
vestido a la mejicana...

—Descuida... soy una tumba. ¿Pero ese galán...?

—Es el caballero más noble y más valiente de California... ¡y el más guapo también! Si le vieras montado a caballo, con su traje vistoso de mejicano, te quedarías tan prendada de él como nos hemos quedado todas las que le hemos visto una vez. Se llama Alvaro del Castillo y pertenece a una de las familias más linajudas de Monterey.

—¿Y cómo se ven?

—Por la ventana enrejada de la habitación de Rosita, cuando todo duerme en el convento. Pero no viene todas las noches, sino de tarde en tarde.

—¿Para no exponerse demasiado?

—No; porque sus obligaciones no se lo permiten. Creo es uno de esos patriotas exaltados que luchan por conservar la independencia de California.

En aquellos momentos, a los pies de Rosita, sentada cerca de la tapia del jardín, caía una carta. La abrió con mano temblorosa. Decía así:

Rosita adorada: Esta noche, después del toque de adoración, estaré a tu lado. Un sacerdote nos espera en el monasterio, y antes del alba serás mi esposa.

Alvaro."

Rosita guardó precipitadamente la carta en su seno.

Era una hermosa joven de unos dieciocho años, con todo el encanto, la gracia y la belleza de una hija del Sur. En sus ojos grandes y rasgados brillaban todos los sueños, todas las quimeras.

Disimuladamente, se retiró a su habitación, dispuesta a esperar al lado de la ventana a que el amado llegase.

Y el amado apareció al fin en el horizonte. Era como había dicho una de las educandas, un arrogante caballero, vestido a la mejicana, que montaba un brioso caballo negro de larga cola y largas crines. Delgado, moreno, de ojos negros, daba la impresión de una gran vivacidad y de una gran energía.

Se acercaba ya al convento, cuando, en la semioscuridad que empezaba a reinar en el exterior, se acercaron a él tres jinetes embizados hasta los ojos y por añadidura enmascarados.

Mientras tanto, no muy lejos de allí, en un sitio donde las altas rocas fingían figuras fantásticas, dando en la noche la impresión de verdaderas montañas, el paisaje sombrío se animaba. Por todos los caminos, por todas las sendas que arrancaban de Monterey y de otras poblaciones de menos importancia, avanzaban sombras misteriosas.

Eran conspiradores. Los que soñaban con

la bella utopía de una California completamente libre, y los que, más prácticos, sólo ambicionaban una independencia relativa, una especie de autonomía dentro de una nación más poderosa, que fuese para su territorio una salvaguardia contra posibles ataques de otras naciones.

Llegaban unos a pie, otros a caballo.

Eran todos enemigos declarados del general Romero, el Gobernador de la tierra californiana, el cual llevaba con mano de hierro las riendas de su gobierno.

En las ciudades, la policía, del Gobernador tenía fija su vista sobre casi todos ellos; pero no se podía alegar contra ellos cargos concretos. Se sospechaba de sus manejos ocultos, se sabía que eran descontentos, que sólo por la fuerza transigían con Romero y sus secuaces, pero nada más. cuando en momentos de algarada se hacían algunas detenciones, no había más remedio que devolverles la libertad por orden del Gobernador, el cual tenía buen cuidado de no comprometerse inútilmente.

Y así, protegidos por su mutuo silencio, por sus juramentos de fidelidad a la causa, que hacían imposible una delación, aquellos hombres formaban una verdadera sociedad secreta que funcionaba en la obscuridad más absoluta.

Al verlos llegar, Alvaro, paró en seco su cabalgadura.

—¿Quién hay?— preguntó con voz fuerte.

—Gente de paz — respondió uno de los enmascarados.

Y los tres jinetes se acercaron a él, bajando los embozos de sus capas y quitándose sus antifaces. Uno de ellos, el que había respondido primero, le dijo en voz baja, no sin mirar antes alrededor, por si alguien los había seguido:

—Castillo, un hecho imprevisto obliga a los patriotas a celebrar consejo esta noche.

—¿De qué se trata?

—De un peligro que amenaza a nuestra patria.

—¿No puedes ser más explícito?

—No.

Tuvo Alvaro un gesto de vacilación, y el hombre que acababa de hablarle, se acercó a él y le dijo al oído:

—Recuerda nuestro juramento: "La vida, el honor, TODO, por California."

—Está bien. Vamos.

Y sin vacilar más, Alvaro emprendió el galope, seguido por los tres enmascarados.

Allá, en la ventana del convento, Rosa seguía esperando...

Cuando los cuatro hombres llegaron al pequeño valle rodeado de altas rocas donde debía celebrarse la reunión, la noche había cerrado por completo, y una luna de plata brillaba en el cielo.

En la planicie, un grupo de veinte o treinta hombres esperaba a los que llegaban en aquellos momentos. Hubo saludos, apretones de manos, y el que parecía el jefe de todos, subiéndose a una peña, habló así:

—Señores, un enemigo poderoso amenaza separar a California de Méjico. ¿Sabéis quién es ese enemigo?... ¡Rusia!

Hubo entre los presentes un movimiento de estupor. El orador continuó:

—El único que podría ayudarnos, el Gobernador Romero, se dispone a entregarnos, sin defensa, al extranjero. Hemos de salvar a nuestra patria a costa de todo. Uno de nosotros debe impedir que Romero cometa esa infamia, valiéndose para ello de todos los medios... de todos. Echemos suertes, y que el azar señale quién ha de cumplir la sentencia.

Se echaron suertes, en efecto, y el azar señaló a Alvaro del Castillo.

—Es un gran honor para ti — le dijo el jefe — arriesgar tu vida para salvar a tu patria.

—Dices bien. ¡Juro sacrificarlo todo: amor, fortuna, mi vida misma, por el cumplimiento del deber que me he impuesto!

—Todo está preparado. Ve a Monterey, a la posada de Zurita; es él quien tiene la otra mitad de esta moneda que te entrego, porque nos sirve de intermediario.

—Está bien.

—Por Zurita conocerás a Estebán, y Estebán te facilitará tu misión.

—Esta misma noche estaré en Monterey.

—Adiós, y que la suerte te sea propicia.

Se despidieron, y Alvaro del Castillo, montando de nuevo a caballo, salió a campo abierto; pero en vez de dirigirse a Monterey, como había dicho, voló, mejor que galopó, hacia el convento de las Religiosas de la Cruz.

A aquella hora, por el largo camino que desde Monterey se dirigía al Sur, avanzaba rápidamente una extraña caravana compuesta de una silla de posta y de varios jinetes que la escoltaban.

En la silla de posta, entregada a los mismísimos diablos, viajaba una dama cincuentona, que a pesar de su escasa belleza, había conseguido que tres hombres hubiesen muerto por ella; sus tres maridos. Se llamaba doña Concha Montalbán y figuraba en primer lugar, en la servidumbre del Gobernador Romero. Era el tipo perfecto de la dueña clásica: malhumorada, gruñona y aspaventera.

Al lado del carruaje cabalgaba el propio gobernador, Alejandro Romero, hombre de unos cuarenta y cinco años, espíritu intrépido y aventurero para quien la vida era una baga-

tela y la política un juego interesante por lo que, en aquellos tiempos, tenía de peligroso. En California, unos le temían, otros le odiaban, muy pocos le amaban. Sin embargo, Romero no era malo; en su alma había tesoros de ternura y de bondad, que él ocultaba celosamente, como si fuesen defectos inconfesables.

Por último, otro personaje de categoría figuraba en la caravana: Rodrigo Gómez, agente de confianza de Romero; uno de esos hombres réptiles que se dan en todos los climas y que consiguen escalar altos puestos a fuerza de arrastrarse.

Hablaban los dos hombres, mientras doña Concha gemía y renegaba cada vez que algún bache del camino hacía dar al vehículo uno de sus frecuentes saltos, muy poco agradables en verdad.

—Créame, Excelencia—decía Rodrigo Gómez—. Este viaje de incógnito a través de un país tan insurreccionado, es una temeridad... ¿Y todo para qué? Para ir a visitar un convento...

—Un convento, a veces, puede encerrar cosas muy interesantes, amigo Gómez.

—Si se obstina usted en esta locura, yo me lavo las manos... precisamente, tengo algo que hacer cerca de aquí.

—Como usted guste.

—He tenido confidencias de que por aquí se

está celebrando, o se ha celebrado ya, una reunión clandestina de enemigos de Su Excelencia, y quisiera cerciorarme de ello.

—Vaya usted enhorabuena, amigo Gómez... Y ya sabe que si me asesinan en el camino, queda usted encargado de castigar a los criminales.

Se separaron, y mientras la caravana continuaba su camino hacia el convento de Religiosas de la Cruz, Rodrigo Gómez se dirigía a las rocas donde se celebraba la reunión y llegaba a ellas en el preciso momento en que el jefe de los rebeldes daba a Alvaro del Castillo las instrucciones necesarias. No perdió una palabra de ellas el esbirro de Romero, y antes de que Alvaro abandonase las rocas, partía él para Monterey.

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas

Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a)
BIBLIOTECA FILMS - Ap rt.º 707 Barcel na

II

Entretanto, Alvaro llegaba al convento, en una de cuyas ventanas Rosita esperaba... ya sin esperanza.

Se estrecharon las manos los dos enamorados, se besaron con ardor, con ansia, como si ambos tuvieran miedo de perderse mutuamente, y Rosita preguntó:

—¿Por qué vienes tan tarde, Alvaro?

—Porque un deber imperioso me lo ha impedido.

—¿Es qué el deber es para ti antes que yo?

Alvaro no contestó. Se le veía entre dos voces opuestas, entre dos corrientes contrarias. Fué un silencio más elocuente que todas las palabras. Al fin, el joven, dijo:

—Nuestro amor ha sido un sueño, Rosita...

Quería a Alvaro con toda su alma, le quería ciegamente, locamente; era para ella su vida entera, el único mundo que quería conocer.

Se sentía tan sola, tan falta del cariño que necesitaba su alma, nacida para amar, que se aferraba a aquel amor con la desesperación con que el náufrago se agarra a la tabla salvadora.

Aquel amor significaba para ella la felicidad, una felicidad tanto más anhelada, cuanto que sólo en ella pensaba para resarcirse de la presente tristeeza de su soledad, de su aislamiento.

Es preciso que nos digamos adiós, y tal vez para siempre...

—¿Pero, por qué, Alvaro, por qué?

—La suerte me ha designado para cumplir un alto deber patriótico. Tengo que salir ahora mismo para Monterey.

—¡Llévame contigo, Alvaro! ¡Sean cuales sean los peligros que te esperan, yo quiero participar de ellos!

—¡Imposible, Rosa!... He jurado partir solo... es un asunto de vida o de muerte...

Lloraba Rosa. Alvaro sacó del bolsillo un pequeño crucifijo y poniéndolo en las manos de su amada, le dijo:

—Toma esta cruz... reza por mí... y si tar-do en volver, olvídame...

—Alvaro, yo sabré rezar, sabré esperar... Olvidar, es lo que no podré lograr nunca.



Al verte, todo el pasado revive ante mí... porque
eres el vivo retrato de tu madre...

Se juntaron sus bocas en un beso en que se besaban las almas, y Alvaro, haciendo un esfuerzo para serenarse, partió al galope en dirección de Monterey.

Rosa cayó llorando en un reclinatorio, y ante una imagen de la Virgen de Guadalupe oró, oró, hasta que la paz vino a su espíritu.

En aquellos momentos, recios aldabonazos turbaron la calma del convento. El Gobernador Romero acababa de llegar y era conducido a la habitación de Rosa.

Al verse ante la joven, aquel hombre entero, habituado a las batallas y a los peligros, pareció vacilar, como si fuese a caer al suelo, y hubo de apoyarse en la pared. Después, ya más sereno, pero con el alma aun asomada a los ojos, habló:

—Al verte, todo el pasado revive ante mí... porque eres el vivo retrato de tu madre.

—¿La conoció usted?

—Sí.

Hizo el personaje una transición, y continuó:

—Tu padre siente por ti un cariño sin límites, pero su vida está rodeada de peligros, de traiciones, de emboscadas. Y por eso no puede llevarte consigo.

—Pero, ¿por qué no? Yo le querría con toda mi alma...

—Eso es, precisamente, lo que él trata de evitar. Si un día sucediese lo irreparable, para él y para ti sería el golpe doblemente penoso. Por eso, al morir tu madre, te trajo a este convento, para que encontrases en él la seguridad que a su lado no podrías tener.

—Pero usted está muy emocionado, señor... ¿Acaso será usted... mi padre?

—Yo soy el mejor amigo de tu padre, casi

su hermano... Hasta que él pueda llamarte, vivirás conmigo...

—Si es la voluntad de mi padre...

—Lo que te pido es que tengas en mí completa confianza... que me concedas tu cariño... como si en realidad fueses mi hija...

No pudo seguir; un nudo se le había formado en la garganta. Besó a Rosita en la frente y dió apresuradamente las órdenes de marcha.

Rosita se apresuró a obedecerle.

Entró en la celda blanca donde habían transcurrido para ella las horas más suaves de su vida, las horas blancas, como las paredes de aquella habitación, que ya no volvería a vivir, y se puso a arreglar su pequeño equipaje.

Sufría mucho. El corazón le decía que al alejarse de allí, se alejaba también de su amor. Y se despedía de todas aquellas cosas que habían rodeado su vida desde la infancia, con el mismo dolor con que poco antes se había despedido del amado.

Cuando hubo terminado, bajó al locutorio donde esperaban Romero y doña Concha, y una por una se despidió de todas sus condiscípulas, de las buenas hermanas que habían sido madres para ella, de aquellos muros que habían cobijado sus ensueños...

Unos momentos después quedaban detrás del carruaje los muros severos del convento

donde Rosa había jugado de niña y había soñado de mujer.

Dentro del vehículo, la joven suspiraba al lado de doña Concha, que suspiraba también, pero no por penas de amor, sino por el quebranto de su cuerpo en aquella carrera frenética que, desde que salieran del convento, Romero había impuesto a la caravana.

De pronto, algo asustó a los caballos de la silla de posta, y éstos desbocados, multiplicaron su velocidad, siéndole imposible seguirlos a Romero y sus acompañantes, que bien pronto se quedaron atrás.

Un peligro de muerte amenazaba inminentemente a las dos mujeres que iban en el coche, y la carroza hubiera terminado de un modo trágico si no hiciese la casualidad que estuviese por aquellos alrededores Alvaro del Castillo, en su camino para Monterey.

Salió el joven al encuentro de los caballos, adivinando el peligro, aunque sin sospechar ni remotamente quién lo corría, y con un ademán vigoroso logró contener a los animales en su loca carrera.

Antes de que el joven pudiese acercarse al coche para atender a sus ocupantes, llegó Romero, al que Alvaro no conocía, y se dirigió con las manos tendidas al salvador de Rosa.

—Mi agradecimiento es infinito, señor, porque llevo en ese coche mi tesoro más apreciado

—Caballero, en California tenemos la costumbre de hacer por el desconocido lo que haríamos por un hermano.

—Gracias. Sea el momento que sea en que usted me necesite, mi amistad, mi bolsa y mi vida están a su disposición.

—Gracias a mi vez, caballero...

—Ahora, venga usted a recibir los cumplimientos de la rosa más bella de California.

—Siento declinar tan gran honor, pero debo continuar mi viaje a Monterey sin un minuto de tardanza.

Volvió Alvaro a montar a caballo, y después de cambiar con Romero un afectuoso apretón de manos, partió al galope, bien ajeno de haber tenido a su amada a dos pasos de él.

.....

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

III

Llegó el caballero a Monterey, y unos momentos después, estaba en la posada de Zurita; pero alguien se le había adelantado: Rodrigo Gómez, quien, haciendo prisionero a Zurita, ocupó su puesto en la posada, no sin haberse apoderado de la mitad de la moneda que le permitiría ganarse la confianza del conspirador.

Cuando Alvaro del Castillo entró en la posada, Rodrigo Gómez le salió al encuentro. El joven le preguntó:

—¿Es usted Zurita?

—Yo soy.

—¿Tiene usted la mitad de esta moneda?

—Aquí está.

—Perfectamente. Es usted el hombre que busco.

—Pero yo, compañero, necesito otra prueba de que es usted el que espero: dígame los nombres de los conjurados.

—Sólo tengo orden de hablar ante don Esteban; lléveme usted a su lado cuanto antes.

—Admiro su discreción, joven, y voy a presentarle a don Esteban. Espéreme aquí; vuelvo en seguida.

Subió Rodrigo Gómez al piso superior, adonde acababa de llegar el Gobernador Romero con sus acompañantes, y el esbirro se apresuró a preguntarle:

—¿Todo ha ido bien? ¿Ningún incidente desagradable?

—Ninguno. Se equivocó usted en sus pronósticos. Gómez... ¡Un viaje delicioso! No he visto ni un solo fusil apuntándome.

—No cante usted victoria y venga conmigo... Voy a presentarle alguien que acaba de llegar con el único fin de asesinarle a usted.

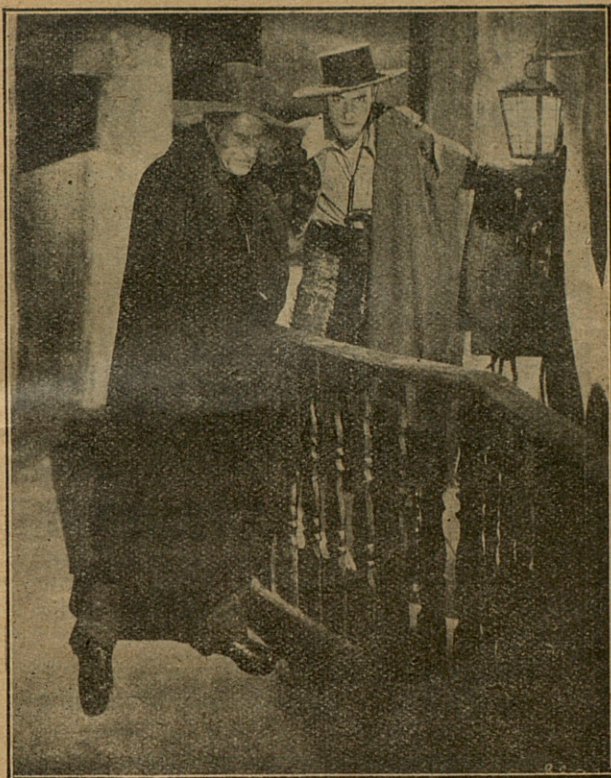
—¿Quién es?

—Un desconocido. Usted no tiene más que decirle: "Yo soy don Esteban", y él mismo se atará la cuerda al cuello.

—Vamos allá.

Entraron Romero y su satélite en la parte baja de la posada, donde Alvaro esperaba, y los dos hombres se reconocieron, abrazándose cordialmente. Con aquello no contaba Rodrigo Gómez, pero sobreponiéndose a las circunstancias, le dijo al joven conspirador con la voz más natural que pudo hallar:

—El señor es don Esteban. Puede usted



Cuando Alvaro llegó a Monterey, alguien se le había adelantado:
Rodrigo Gómez...

contarle todo lo que sabe, y así pondremos inmediatamente los planes en ejecución.

—Lo que tengo que decir le interesa solamente a usted, don Esteban—dijo Alvaro a Romero.

Se volvió Romero a su esbirro:

—Ya lo oye usted: son asuntos reservados.

De malísima gana salió Gómez de la salita, y ya a solas aquellos dos hombres a quienes el destino se complacía en juntar por un lado, mientras que por otro les obligaba a odiarse, Romero le dijo a su contrincante político, ocultando con una sonrisa irónica la amargura de su descubrimiento:

—Puesto que he tenido el placer de volverle a ver, ¿por qué no dejamos los asuntos serios para mañana?

—¡Es imposible esperar, don Esteban! ¡He jurado matar a Romero!

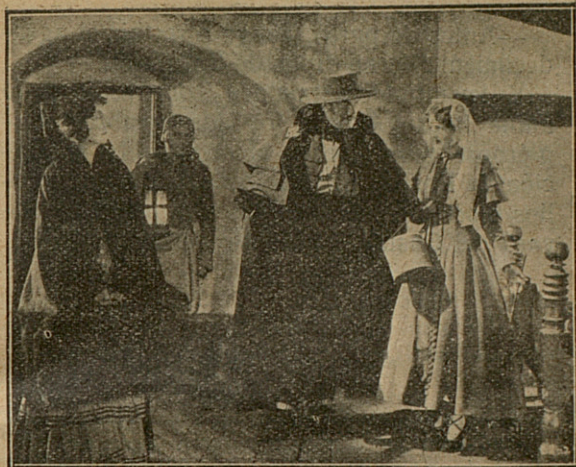
—¿Es absolutamente preciso que lo mate usted? ¿No se podría encontrar un medio *más razonable* de convencerle?

—¡Ese hombre es fatal para nuestra patria y yo he jurado aplastarle la cabeza como a una víbora!

—Cuando usted conozca a Romero, verá que no es tan malo como dicen... créame, yo le conozco bien.

—¡Le mataré... le mataré! ¡No quisiera más que verme ahora mismo con él, cara a cara!

—Muy impulsivo es usted joven...



A la posada de Zurita acababa de llegar el general Romero con sus acompañantes...

—Vamos, don Esteban, basta de indecisiones... ¿Está usted decidido a llevarme al lado de Romero?

—Puesto que usted lo quiere, sea... Considere ya la cosa como hecha. Dentro de una semana, en la puerta del rancho de Romero. Yo tengo también un proyecto, que le reserva una sorpresa.

—No faltaré, don Esteban. Y ahora, hasta la vista.

—Antes de partir, venga a recibir el agradecimiento de mi "rosa de California".

Y, levantándose también Romero, como lo había hecho Alvaro, los dos hombres dirigieron a la puerta abierta de la habitación de Rosita; pero la joven oraba en aquellos momentos de espaldas a la puerta, y Alvaro del Castillo partió sin verla.

¿Le interesan los TANGOS ARGENTINOS?

Compre Vd. la más interesante colección de tangos célebres de

BIANCO BACHILIA

C. MARCUCCI

LOS MEJORES TANGOS

IMPERIO ARGENTINA

SPAVENTA

LINDA THELMA

MANUEL BIANCO

Cada tomito al precio de 30 cts.

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707, Barcelona

IV

Y llegó la Fiesta de las Rosas en el rancho de Romero.

Risas de mujeres, perfumes de flores, borraban por unas horas las inquietudes de la política.

Alvaro del Castillo, bien ajeno de hallarse en la misma casa de su enemigo más encarnizado, del hombre que había jurado matar para salvar a su patria del deshonor, se encontraba allí, cumpliendo la palabra dada al falso don Esteban.

Bien ajeno estaba también de que, a pocos pasos de distancia, en su habitación, su amada Rosita se ataviaba a la española, sintiendo por primera vez en su carne la caricia suave de las sedas y los encajes.

Entre los invitados de categoría que formaban grupos en el patio, se destacaba por su uniforme brillante y su calva, más brillan-

interrompido

te aún, el Príncipe Narimoff, agente de Rusia, que venía a negociar, en nombre de la gran nación, la venta ignominiosa de California.

Después de saludar a Rosita con una reverencia perfectamente versallesca, el aristócrata ruso se dirigió a los hombres que allí se hallaban congregados:

—¡Hombres de Estado californianos! ¡Un serio peligro os amenaza... una gran nación vecina se dispone a arrebataros vuestro suelo!...

Hubo entre todos los concurrentes cuchicheos de inquietud. Narimoff, acercándose a la ventana que daba al mar, y señalando un buque de alto porte que en la bahía se hallaba fondeado, añadió:

—¡Ahí está el peligro!... ¡La fragata norteamericana "Savannah" apunta sus cañones a este puerto, esperando el instante propicio para hacer un desembarco.

Todos se acercaron a la ventana. La fragata, en efecto, estaba allí, ostentando con orgullo, la bandera de las rayas y las estrellas.

—¡Es preciso que elijáis—continuó Narimoff—: o el régimen vulgar de un país democrático, cual los Estados Unidos, o la fastuosa recompensa de una Rusia agradecida!

—Eso es lo que deseamos—dijo uno de los presentes.

—Yo os aseguro que lo tendréis—se apre-



¡Rosita! ... ¡Tú... e quí!...

suró a replicar Narimoff—. Mi patria sabrá corresponder a vuestro desinterés, colmándoos de beneficios.

—Nosotros queremos realidades — dijo otro.

—Realidades son las que os ofrezco. Traigo atribuciones de mi Gobierno para hacer y deshacer según mi propia voluntad. Dentro de unos días, de unas horas quizá, llegará el buque que envía mi país para secundar mi gestión, y entonces, en nombre de Rusia, me comprometeré solemnemente a derramar so-

bre esta bella tierra de California beneficios efectivos.

Romero, en nombre de todos aquellos caballeros allí reunidos, se acercó a Narimoff y le dijo:

—Nos ha convencido usted, señor... Cuando llegue mi navío, firmaremos el trato.

Y, dirigiéndose a sus invitados, añadió:

—Queridos amigos, acabamos de añadir una página gloriosa a la historia de California... Pronto empezará para nuestra patria una nueva era... una era de paz y de prosperidad...

En aquellos momentos, Alvaro descubría a Rosita entre los grupos, y corriendo hacia ella, gritó:

—¡Rosita!... ¡Tú... aquí!...

—¡Alabado sea Dios, Alvaro!... ¡Vuelvo a verte sano y salvo!...

Y la joven explicó a su prometido los incidentes de aquella última temporada, que la habían llevado, desde la paz del convento de la Cruz, hasta las fastuosidades del rancho de Romero.

Alvaro, señalando al Gobernador, le dijo a Rosa:

—Ahí está mi amigo... el noble patriota, don Esteban.

—Te equivocas, Alvaro... Es mi tutor, el general Romero...

Entonces, Alvaro, sin poder contenerse, co-

rrió hacia la pequeña tribuna que ocupaba el Gobernador. En sus manos brillaba un puñal. Cuando estuvo frente al hombre que había jurado matar, gritó:

—¡Romero!... ¡Traidor a la amistad y a la patria! ¡Vas a morir!

Y su mano se alzó armada del puñal. Pero en aquel instante, Rosita se interpuso y Alvaro, viendo que no podía realizar su intento, huyó, yendo a refugiarse en la habitación de su amada.

Ya allí los dos solos, Rosita se apresuró a preguntar:

—Pero, explícame, por Dios, Alvaro... ¿qué ha sucedido... por qué esa locura?

—Era esa la misión patriótica que yo tenía que cumplir.

—No te entiendo.

—Romero es un enemigo de California... La noche que nos despedimos en la ventana del convento, los patriotas habían decretado su muerte, y yo fui señalado por la suerte para cumplir la sentencia.

—¡Pero tú no cometerás un crimen!

—¡No es un crimen; es un acto de justicia!

—Sea lo que sea tú no matarás al hombre que ha sido tan bueno para mí.

—¡Aunque fuese mi padre, lo mataría!

En aquellos instantes sonaron unos golpes discretos en la puerta de la habitación,

y mientras Rosita abría, Alvaro se ocultaba tras las cortinas de la ventana.

Era el general Romero el que había llamado.

Se sentó al lado de Rosita, y con una voz dulce, muy distinta de la que poco antes había empleado al dirigirse a los políticos que le rodeaban, le dijo:

—Permíteme que te dé las gracias, hija mía... Te debo la vida.

Rosita estaba nerviosa, inquieta. Sin advertirlo, Romero prosiguió:

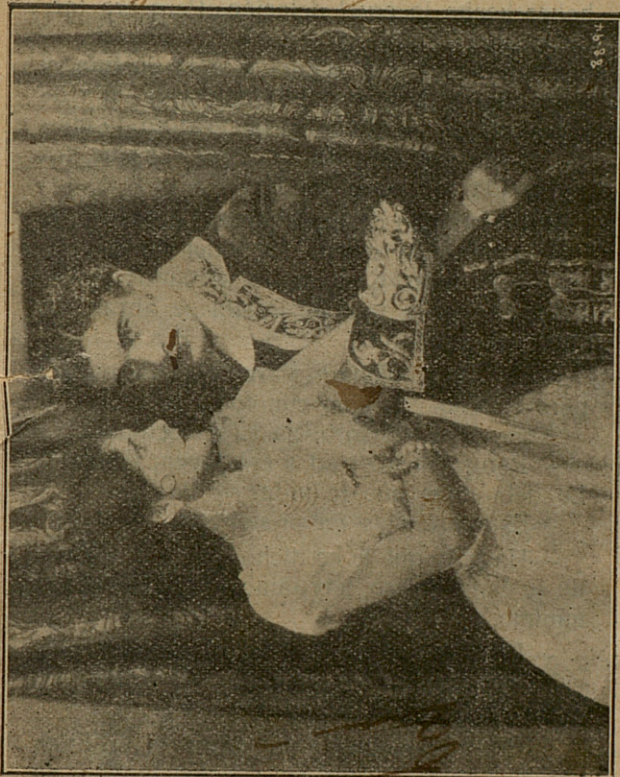
—Yo no puedo seguir guardando mi secreto; eres digna de saberlo todo... Rosita, eres mi hija...

—¿Yo?

—Si lo he ocultado hasta ahora, ha sido para salvarte de los peligros que a mí me acechan a cada instante.

En aquel momento, instintivamente, volvió Rosita la cabeza hacia la cortina detrás de la cual se había ocultado Alvaro. Y como en tal instante se presentaba Rodrigo Gómez con unos soldados a registrar la habitación, la joven, sin vacilar, le enseñó el lugar donde se hallaba oculto su amado.

Fué algo superior a su voluntad, superior a su amor. Fué un gesto impuesto por el deber de salvar a su padre, por la voz de la sangre que gritó en ella, después de haber estado muda durante tanto años.



¡Sea lo que sea, tú no matarás al hombre que ha sido tan bueno para mí!

Se arrepintió casi en el mismo instante de haber hecho la cruel delación. Pero era tarde ya.

Gómez se había acercado a la cortina, y antes de que llegase a ella, el joven salía de su escondite, pálido como la cera; no de miedo, no de ira, sino de dolor, al ver que era su amada la que le vendía.

Unos minutos después, Alvaro del Castillo, bien maniatado, estaba en poder de la policía de Romero. Cuando los soldados lo llevaban hacia la puerta, Rosita se abrazó al cuello de su padre:

—¡Le he traicionado para salvarte, papá... pero le amo... le amo con toda mi alma!

Romero se volvió hacia su subordinado:

—Ponga en libertad a ese joven, Gómez... Le debo más que la vida.

—Este joven es *mi* prisionero.

—Haga lo que le he dicho, Gómez... Cuando se es poderoso, hay también que ser magnánimo.

—Lo siento, señor Romero, pero la ley está por encima de usted... ¡Al amanecer, este hombre será fusilado!

Y Rodrigo Gómez salió, digno y erguido, satisfecho de cargar su conciencia con un crimen más.

Horas de angustia y de inquietud.

Rosa Romero sólo vivía esas horas para

una obsesión: salvar a Alvaro, salvarlo a costa de todo, de su felicidad, de su vida.

Fué a verle a la prisión... a la prisión donde él, en capilla, esperaba con estoicismo el instante de cumplirse su condena. Porque estaba seguro de que moriría. Ninguna esperanza le quedaba. Hasta su amada, le traicionaba.

Rosa se acercó a las rejas:

—Perdóname, Alvaro...

—De nada tengo que perdonarte.

—¿No comprendes?... Yo tenía el deber de salvar a mi padre...

—Sí... y de sacrificarme a mí.

—¡Por favor, Alvaro, no digas eso! ¡Si tú pudieras leer lo que hay en mi alma!...

—No podría.

—¿Por qué?

—Porque en tu alma no hay más que tinieblas. ¡No en balde eres la hija del mayor enemigo de mi patria!

—¡Alvaro, no hables así, te lo ruego! ¡Eres injusto!

—Por eso es mejor que me dejes tranquilo y te vayas. Pronto voy a morir, y no son tus palabras las que han de darme consuelo.

Rosa salió de la prisión con el alma destrozada. Daría su vida por que Alvaro la creyese, porque no dudase de su sinceridad; la daría también por salvarlo. ¡Qué no haría ella por devolverle la libertad!...

Sufría mucho, y entró en el monasterio que alzaba sus muros a la orilla del mar. Enfrente, la fragata norteamericana "Savannah" seguía apuntando al puerto con sus cañones formidables.

Se arrodilló ante la Virgen y oró.

¿Minutos? ¿Horas?

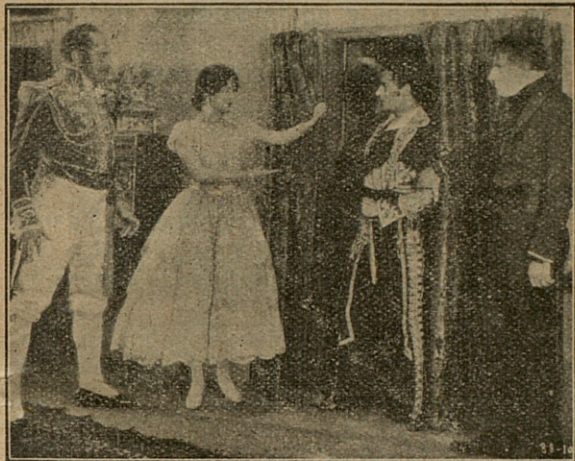
No lo sabría decir. De pronto, la hizo salir de su éxtasis místico el ruido de unos pasos en el monasterio solitario.

Unos hombres acababan de entrar, y con paso seguro, como conocedores del camino, se dirigieron a un ángulo de la iglesia, donde estaba la puercecita que comunicaba con la parte baja de la torre del campanario.

Erán conspiradores, amigos políticos de Alvaro, que esperaban dar un golpe seguro para salvar al mismo tiempo a su camarada y a su patria.

El ideario político de aquellos hombres se había concretado. Ante la amenaza de que California pasase a poder de Rusia, un país tan lejano como extraño a sus costumbres y a sus tradiciones, habían decidido pedir la ayuda de su vecino poderoso, los Estados Unidos, que había contestado a su llamamiento enviando a aguas de California su fragata "Savannah".

Todo estaba dispuesto para la acción que debía cambiar por completo el destino de



Por salvar a su padre, Rosa no vaciló en traicionar a su amado...

California, haciendo de ella un estado libre dentro de la gran Confederación norteamericana.

Se acercaron los recién llegados a la puercecita del campanario, y uno de ellos, se dirigió a sus compañeros:

—Todos nosotros estamos de acuerdo con el comandante del "Savannah" para impedir que Rusia se apodere de nuestro territorio.

—Todos, en efecto... Pero es preciso obrar rápidamente; el buque de guerra ruso se di-

rige hacia aquí y no tardará en anclar en nuestro puerto.

—Entonces será demasiado tarde...

—Sí, hay que obrar antes de que llegue ese buque.

—Todo está previsto—dijo el que había hablado primero.

Y añadió, señalando la cuerda de una campana que, a juzgar por el gran diámetro del cable, debía ser de extraordinarias dimensiones:

—Esta campana no suena más que en ocasiones solemnes; por eso la hemos elegido para dar la voz de alarma.

Oyó Rosa desde su sitio estas palabras, y, movida por la curiosidad, se acercó a la puercecita, decidida a escuchar lo que aquellos hombres hablaban.

Uno de ellos decía en aquellos momentos.

—No comprendo bien...

—Sí, explícate con más claridad — dijo otro.

—Es muy sencillo—continuó el primero—. Nuestra salvación depende del desembarco de los marinos norteamericanos, ¿no es eso?

—En efecto.

—Pues bien; de acuerdo con el comandante del "Savannah", nosotros haremos sonar la campana grande cuando creamos llegado el momento oportuna para hacer ese desembarco.

—¿Y entonces?...

—Entonces, el "Savannah" lanzará su primer cañonazo sin bala, como aviso.

—¿Y si le contestan los cañones de Romero?

—En ese caso, se tomará por la fuerza lo que de grado no se pudo conseguir.

—Sería lamentable...

—Sería lamentable, en efecto. Pero esperamos que todo saldrá bien. Si el cañonazo no se contesta, desembarcarán las tropas de la fragata y se izará en el puerto la bandera de los Estados Unidos.

—¡Si eso se lograra, California sería un estado libre!...

—Eso es lo que pretendemos. Estaremos bajo la bandera yanqui, pero tendremos nuestra autonomía y nuestras leyes propias, como una nación independiente.

—¡Entonces, a esperar el momento oportuno, y que Dios nos ayude!

Hicieron aquellos hombres el ademán de nuevo en el reclinatorio, ante la imagen de la Virgen.

Un poco después salían los conspiradores y el templo volvía a quedar desierto.

Rosa se levantó y corrió al sitio donde los que se acababan de marchar habían celebrado su breve reunión.

Era una cámara angosta y fría. De lo alto,

tan alto que no se alcanzaba a ver el final, pendía una gruesa cuerda que se balanceaba en el aire, impulsada por el viento que entraba por un ventanuco.

Rosa se detuvo a reflexionar.

De pronto, sonrió, como si en su mente acabase de hacerse la luz. En efecto, una idea brillante acababa de cruzar por su imaginación.

—¡Allí, al alcance de su mano, tenía la salvación del amado! ¡Le bastaba hacer sonar aquella campana para que, inmediatamente, retumbase el cañonazo del "Savannah" y un poco después desembarcasen los marinos yanquis, impidiendo con su presencia la ejecución que tan gran interés tenía en llevar a cabo Rodrigo Gómez!

¡No había que vacilar ni un momento!

Fuera, sobre las palmeras, sobre las naranjos, tendía la noche su manto ornado de estrellas; una noche templada, cargada de aromas, que sugería pensamientos de paz y de placer. No era aquél el marco de una tragedia; no se concebía como allí, bajo aquel cielo estrellado, podían los hombres entregarse al juego peligroso de la política, en vez de vivir exclusivamente para saturarse de paz y de quietud en medio de aquel regalo de la Naturaleza.

A lo lejos, la fiesta seguía en el rancho de Romero, y hasta allí llegaban, traídas por la



Ante Alvaro, la figura repugnante del esbirro de Romero...

brisa, notas dolientes de la guitarra, repique de castañuelas, la queja llorosa de una guajira...

Rosita tuvo un gesto de resolución, y, reuniendo sus fuerzas, se agarró a la cuerda de la campana grande, moviéndola con brío, con coraje, con desesperación.

La cuerda se movió al impulso de los brazos de la joven, pero la campana no dejó oír ni el más leve sonido.

Volvió Rosita a intentar hacerla sonar, y otra vez la campana se burló, con su mutismo, de su esfuerzo.

¿Qué hacer? ¿Debía abandonar aquella esperanza, aquella única esperanza que se le ofrecía en medio de su dolor, como una tabla salvadora? ¿Debía renunciar a salvar al amado? ¿Debía abandonarle a sus enemigos, para que lo arrebatasen la vida con las primeras luces del alba?

Una nueva tentativa, y un nuevo fracaso.

Se martirizó las manos, llegó a colgarse de la cuerda, a balancearse en ella... ¡Nada! Para hacer sonar aquella campana, la más grande de California, se necesitaba el impulso vigoroso de las manos de dos o tres hombres fuertes.

Rosita lloró, desesperanzada.

Lloró mucho tiempo, con largos sollozos, que el eco, burlón se complacía en repetir en el templo vacío.

Y después de mucho llorar, otra idea luminosa volvió a clavársele en el cerebro...

VI

Pero antes de seguir adelante, conveniente es hacer un poco de historia.

En la semana que precedió al día de la Fiesta de las Rosas en el rancho de Romero, varios ilustres personajes — embajadores, agregados, militares de otros países—fueron los huéspedes del Gobernador. Se sentaban con él a la mesa, elogiaban su finca, la casa, todo, y, naturalmente, se detenían con preferencia a celebrar las gracias y encantos de Rosa, que figuraba entonces como pupila de Romero y no como hija.

Entre aquellos caballeros, el que más se distinguía por sus elogios ampulosos y enfáticos, era Narimoff, el agente de Rusia, a quien ya conocemos por su brillante uniforme y su no menos brillante calva.

Narimoff no perdía ocasión de acercarse a Rosita, y cuando lo conseguía, abrumaba a

la muchacha con una lluvia de ditirambos tan nutrida y estrepitosa, que la pobre joven daría cualquier cosa por poder hundirse algunos metros debajo de la tierra.

¡Era incommovible el ilustre Narimoff! Ni los desdenes, ni los francos desprecios hacían mella en él. Abría la espita de su elocuencia donjuanesca, y no la volvía a cerrar hasta que le faltaba el aliento, aunque se quedase sólo, porque su bella oyente, cansada de oír sandeces, la hubiese dejado con la palabra en la boca.

NO LO OLVIDE USTED

Que de los almanaques publicados los que contienen mayor interés y amabilidad en sus páginas, son los populares

ALMANAQUES

TOM MIX
HOOT GIBSON
CHARLES JONES
AÑO 1929

PRECIO — Pedidos a —
 30 cts. *Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona*

VII

La idea luminosa que a Rosita se le acababa de ocurrir, estaba relacionada con tan simpático personaje.

Se trataba, sencillamente, de conquistar al eminente calvo—¡cosa nada difícil por cierto para la joven!—y de llevarlo a la iglesia aquella misma noche, haciendo que en honor de su boda sonase la campana grande del monasterio.

Sin pensarlo más, Rosita volvió al rancho, donde se deslizaba la fiesta, que en aquella hora de la noche se hallaba en su apogeo.

Por todas partes, bailes, risas, vino en abundancia.

Con esa facilidad asombrosa que tienen las mujeres para fingir, Rosita empezó a coquetear con Narimoff, consiguiendo llevarla a un ángulo del jardín, que se hallaba en una

hasta que la campana grande de la iglesia repique por nuestra boda.

—Príncipe... me ha ganado usted...

—¡Oh!, ¿es de veras, Rosita?... ¡Siga... siga usted, por favor!

—Príncipe... también yo voy a decirle la verdad... usted se ha apoderado de mi corazón...

—¡Oh, gracias, gracias, Rosita!... ¡Me hace usted el más feliz de los mortales!

Y el Príncipe Narimoff partió como una exhalación en busca de Romero. Cuando llegó a su lado, jadeante, casi sin voz, le dijo:

—Excelencia... Rosita acaba de confesarme... su deseo de ser mi esposa...

—¿Es posible, Príncipe?

—¡Y tan posible! Ahora mismo acaba de decírmelo! ¡Y aunque no me lo hubiesen dicho sus labios, ya lo había leído yo en sus ojos!

—Es extraño... ¡Nunca lo hubiera sospechado!

—¡Excelencia... parece que duda usted de mis condiciones de galán!

—¡De ningún modo, Príncipe! Solamente creía que Rosita no había pensado aún en el amor.

—El corazón de las mujeres es un arcano, Excelencia.

—Así lo creo... En fin, vamos a verla, y que ella misma me dé la noticia.

Fueron al rinconcito del jardín donde Rosa esperaba, y, con gran asombro de Romero, la joven confirmó las palabras de Narimoff.

Ya no había duda posible. Para desvanecerlas, si alguna quedaba, Rosita se apresuró a decir:

—Quiero que nos casemos antes del alba, papá... y que sea lanzada al vuelo la campana grande.

—Está bien, hija mía; se cumplirá tu deseo.

La fiesta tuvo, pues, un número fuera de programa; la boda de Rosita. Toda aquella noche pasó en hacerse los preparativos de la ceremonia nupcial, y, a decir verdad, los comentarios abundaban, y no por cierto muy halagüeños para Narimoff.

A todos los invitados extrañaba aquella boda repentina, que nada había hecho suponer hasta entonces, y se ponía en duda que el Príncipe ruso tuviese poder de seducción suficiente para ganarse en unos minutos el corazón de una muchacha como Rosita.

Handwritten signatures and scribbles at the bottom of the page.

VIII

Continuó la fiesta.

Rosita, animada por la luz de la esperanza que brillaba en su alma, se multiplicaba para atender a los invitados de su padre, prodigaba sonrisas entre los hombres y palabras amables y cariñosas entre las mujeres.

De vez en cuando, como si no pudiera dominar del todo su impaciencia, subía precipitadamente a sus habitaciones y presenciaba por unos instantes los preparativos de su próxima ceremonia nupcial... aquella ceremonia que esperaba como jamás novia alguna enamorada la esperó.

Después, volvió abajo, y de nuevo se mezclaba entre los grupos, cada vez más animados,

Narinoff, que se pavoneaba como un galán conquistador entre los brillantes uniformes —ninguno tan brillante como el suyo, sin embargo—, se acercó a ella en cuanto la divisó, y, cogiéndola de la mano con la misma galantería versallesca conque pudiera hacerlo el propio Casanovas, se aproximó a los grupos, presentándola con aire de triunfador.

—Mi prometida... que al amanecer será mi esposa.

Y cuando él volvió la espalda, todos, hombres y mujeres, cuchicheaban, en los labios una sonrisa irónica.

—¡Gallardo mancebo se lleva Rosita!

—Sí, a fe mía... Calvo, marigudo y tonto... ¡Un buen partido!

—¡Puede mucho el prestigio de un uniforme brillante!

—¡Y de un arca bien repleta de monedas de oro!

—Sí, no se concibe de otro modo... A Rosita le han tentado las riquezas de ese Príncipe viejo y feo, y, sobre todo, su deseo de brillar en la corte de San Petersburgo.

—Así debe ser... No sospecharía yo que bajo su apariencia monjil se ocultase un alma tan ambiciosa.

Tan, *piadosos* comentarios no llegaban a los oídos de Rosita; pero los sospechaba.

¿Qué podían importarle, sin embargo? Pa-

ra ella, no había en el mundo más que la obsesión de salvar a su amado. La vida, el honor, todo lo hubiera dado gustosa par reparar el mal que había causado al joven al denunciarle a la policía de su padre.

Por eso estaba radiante e impaciente, como la novia más enamorada en vísperas de realizar su sueño.

Cuando el tono oscuro del cielo empezaba a hacerse más claro y las estrellas, una a una, iban desapareciendo, como escamoteadas por una mano invisible, la comitiva se dirigió a la iglesia cercana.

En aquellos momentos, Alvaro del Castillo, en su prisión, confesaba con un fraile, y la oración confortaba su ánimo, preparándole para el momento trágico que no tardaría en llegar.

Llegaron los novios a la iglesia del monasterio, y Romero dió órdenes para que empezase la ceremonia. El sacerdote, revestido ya, esperaba en el altar mayor, y Rosita y Narimoff se aproximaron a la barandilla de dicho altar.

Pero en aquel instante, Rosita, deteniendo al sacerdote que iba a empezar a leer sus latinos, dijo:

—Un momento... ¿Por qué no suena la campana grande?

—Hija mía—le respondió Romero—, no

creo que ese requisito sea indispensable. Vamos a despertar a todo el pueblo...

—Será un capricho, si quieres... pero yo no acepto el matrimonio si no lo pregona el alegre tañido de la campana.

No hubo más remedio que acceder a lo que la novia pedía, y tres hombres fornidos hicieron sonar la gran campana. Y, casi al mismo tiempo, contestando a la voz metálica, atronaron el espacio los cañones del "Savannah".

PROXIMAMENTE!!
EN "SELECCION BIBLIOTECA FILMS"

LA BELLA DE
BALTIMORE

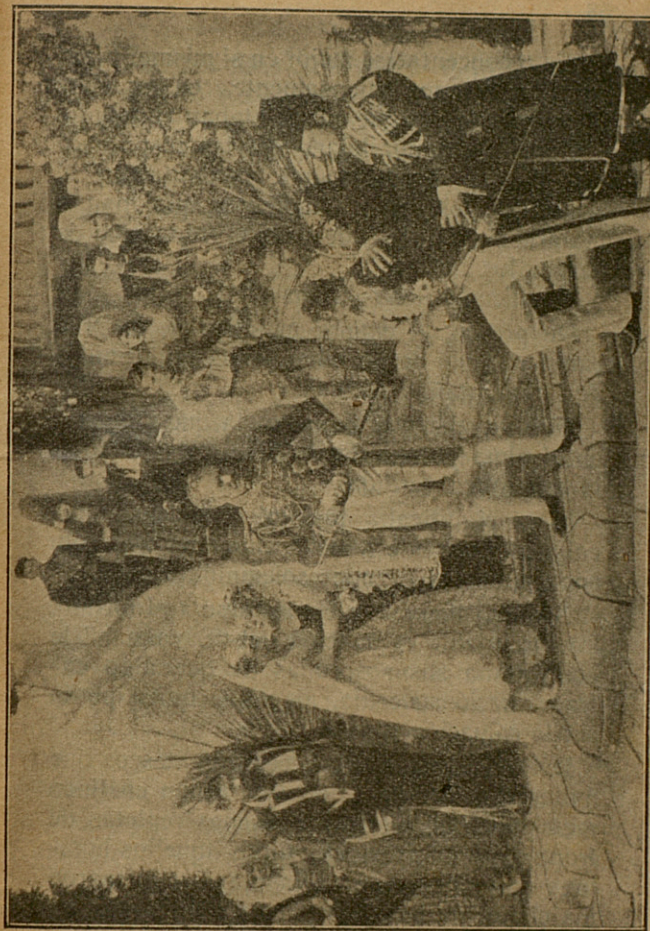
IX

Era tiempo ya.

Ya no había odio en su alma, sino amor y perdón. Sabía que iba a comparecer ante el Supremo Tribunal, y su espíritu se desligaba de las cosas terrestres para elevarse al cielo, ávido de paz y de reposo. Todas las pasiones que le habían agitado en aquellos últimos tiempos, se esfumaban ahora, borradas por el soplo de la única verdad, la muerte.

Y perdonaba a Romero, perdonaba a su amada, perdonaba a sus verdugos, perdonaba a sus compañeros que le habían abandonado en el momento del peligro. Su única esperanza estaba en el "más allá", en ese país ignorado, del que nunca se vuelve.

Así, con los ojos vendados como estaba,



— ¡Es mi padre! — Exclamó Rosita.

podía reconcentrarse mejor en sí mismo. Vivía su vida interior intensamente, en aquellos últimos instantes que aun le ataban al mundo.

Como un rumor lejano oía las respiraciones de los hombres que estaban ante él —¡fuerzas ciegas y obedientes que iban a matarle sin odio!—; después el ruido seco de cargar los fusiles.

Un silencio lleno de ansiedad.

De pronto, el clamor metálico de la gran campana, que despertaban los ecos dormidos de las montañas vecinas.

Fué aquella voz de acero la que despertó en el alma ya muerta de Alvaro del Castillo la esperanza perdida.

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué repicaba alegremente aquella campana que sólo sonaba en las grandes solemnidades?

No tuvo tiempo de contestarse a sí mismo. La formidable defonación del "Savannah" le confirmaba sus sospechas de que algo extraordinario sucedía, algo que quizá podía ser la salvación para él...

De la fragata, como peces gigantes que nadasen a flor de agua, avanzaban en línea recta hacia el puerto las lanchas repletas de tropa, y en un momento, todos aquellos hombres desembarcaron en la playa y formaron marcialmente bajo los pliegues de la bandera norteamericana.

Rosita, abandonando ya por inútil su farsa de boda, corrió al lado de Alvaro, le desató las manos y le quitó el pañuelo que cubría sus ojos, mientras le decía:

—No está aún alejado todo el peligro, Alvaro... No hemos hecho otra cosa que ganar tiempo.

Pero Romero, lejos de aponerse a la llegada de los yanquis, los saludaba como a amigos, ante la desesperación del Príncipe Narimoff, que gritaba:

—¿Y qué voy a decir yo mañana, cuando el navío de mi patria ancle en el puerto?

—No tendrá usted que decir nada, Príncipe—le respondió Romero—. Lo más probable es que, ante los cañones del "Savannah", su navío virará en redondo.

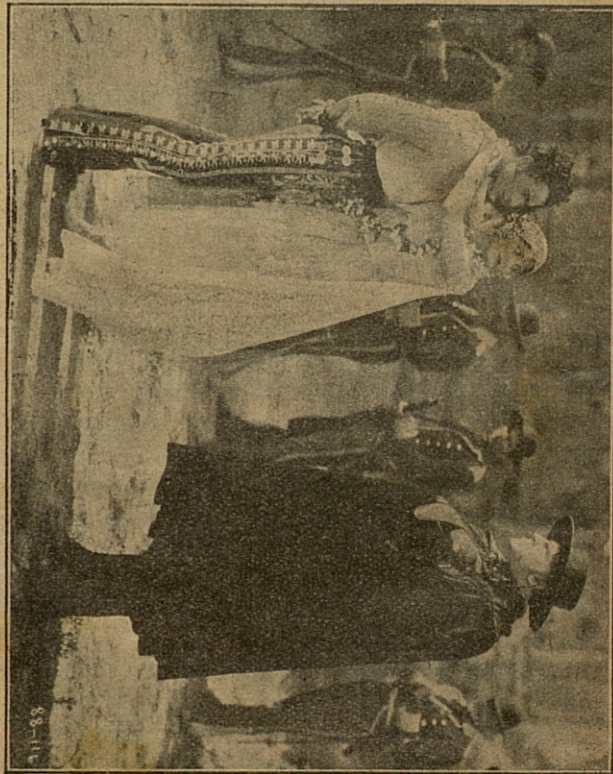
Y yendo hacia los dos jóvenes, que con sus miradas pregonaban su amor, dijo ante un gesto violento de Alvaro al verle llegar:

—Cálmese usted, amigo mío... Todo odio entre nosotros acaba de desaparecer. Se ha hecho lo que ustedes querían.

Y le mostró la tropa yanqui que se alineaba en la playa.

—¡Qué alegría! —gritó Alvaro apretándole con efusión las manos—. ¡California es ahora un estado libre... y ya no somos enemigos.

—Ya se lo había dicho, muchacho... ¿no



recuerda? Romero no es tan malo como dicen...

Y, sonriendo, abandonó a los dos jóvenes para ir a reunirse con sus amigos políticos que, como él, habían aceptado el cambio de nacionalidad de California.

Rosita y Alvaro quedaron allí, alejados de todos, presos en las miradas de sus ojos, que gritaban su amor mucho más elocuente que pudieran hacerlo sus labios.

Al fin, fué Rosita quien rompió el silencio:

—¿Me perdonas, Alvaro?... No sabía lo que hacía... Cuando vi que ibas a matar a mi padre, te denuncié, sin darme cuenta de toda la gravedad de mi denuncia... Quería sólo ganar tiempo... impedir que cometieras un crimen... Yo estaba segura de que mi padre te perdonaría...

—Como te perdono yo, Rosita...

—¿De veras?

—¿Cómo no perdonarte, si no puedo vivir sin ti, si te quiero con toda mi alma?

Y sus labios se juntaron en un beso de amor infinito.

F I N

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS:
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: **30 céntimos**

Almanagues 1929

Son indiscutiblemente los mejores
y más adecuados para los niños:

TOM MIX

HOOT GIBSON

CHARLES JONES

TOM TYLER

A 30 céntimos ejemplar

PIDA TAMBIEN

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.
SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 »
SOBRE SORPRESA INFANTIL. 15 »

PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS. - Apartado 707. - BARCELONA

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
La Brecha del Inferno	C. Vernadas
Koenigsmark	J. Catelain
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
La mujer que supo resistir	R. La Marr
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilín
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varieté o Aguilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Rusia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Novarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schonstrom
El Circo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Suzy Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarre
El diamante del Zar	J. Petrovich

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Las Grandes Novelas de la Pantalla

La primera novela
cinematográfica

TOMOS A 2 PESETAS

Las dos niñas de París	Sandra y Biscot
Judex	René Cresté
La nueva misión de Judex	René Cresté
La huérfanita	Sandra y Biscot
Barrabás	Biscot y B. Montel
La coqueta irresistible	Constance Talmadge
Parisetta	Sandra y Biscot
Por la puerta de servicio	Mary Pickford
La amordazada	
Pimentilla	Dorothy Gish
El hijo del pirata	S. Gerard y Sandra
Los parias del amor	
Esposas frívolas	Von Stroheim
La dueña del mundo	Mya May
La tragedia del correo de Lyon	R. Carl y B. Montel
Ricardo Corazón de León	Wallace Beery
El huérfano de París	R. Poyen "Minutillo"
Dorotea Vernón	Mary Pickford

TOMOS A 1'50 PESETAS

El signo del Zorro	Douglas Fairbanks
El hijo de la parroquia	Jackie Coogan
El milagro	Tomás Meighan
El ladrón de Bagdad,	Douglas Fairbanks
Don Q. hijo del Zorro	Douglas Fairbanks
La pequeña Anita	Mary Pickford
La quimera del oro	Charles Chaplin
El niño de las monjas	Mercedes Astolffi
El Aguila Negra	Rodolfo Valentino
El pirata negro	Douglas Fairbanks
El sol de media noche	Laura La Plante
¡Mi hijo antes que nadie!	Germaine Rouer
Resurrección	Rod La Roque
Jaque a la Reina	Mrs. y Mme. Dullin
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Cabaña del tío Tom	James B. Lowe

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado núm. 707 - Barcelona